

Se escucha en medio del turbion el compasado andar de silenciosos soldados, que desalentados por el vencimiento, y rendidos por la fatiga, se retiran á sus cuarteles por disposicion del general Santa-Anna, dejando en la garita solamente una pequeña guarnicion. A las nueve de la noche reina ya en las calles de México el silencio de la muerte, interrumpido solo por el galope del caballo de algun ayudante que trasmitia órdenes, ó por la voz de algun centinela que gritaba: "Alerta!"



CAPITULO XIX.

CONVENTO DE CHURUBUSCO.

El ejército americano acababa de alcanzar su primer triunfo en el valle de México, sobre la division del Norte, mandada por el general Valencia; y en las primeras horas de la mañana del 20 de Agosto se preparaba á abrirse paso desde el campo triunfal de Padierna hasta la capital de la República. A la retirada del ejército derrotado siguió, por orden del general en jefe, la de las fuerzas que cubrian los puntos mas avanzados de nuestras fortificaciones por el rumbo del Sur; y mientras la mayor parte se replegaba á México, y otra muy corta resistia á los enemigos en San Antonio y Zotepingo, los defensores del convento de Churubusco se disponian á sostener una accion, que les ha merecido una recompensa honorífica y la gratitud nacional.

Pero nuestras pasiones políticas, que todo lo envenenan, se han cebado tambien en ese suceso memorable; y la defensa del convento de Churubusco ha llegado á ser un hecho controvertido, materia de polémicas y cuestiones de partidos. Nosotros no entraremos en ese terreno vedado: constantes en nuestro propósito de no enconar los odios, ni contagiarnos nosotros mismos, referiremos sencillamente los acontecimientos, y su simple relato bastará para que los hombres imparciales formen un juicio exacto de aquella funcion de

armas, y califiquen hasta qué punto son merecidos los elogios de los mismos enemigos, que compraron allí un triunfo sangriento y costoso.

Ya hemos visto en otro lugar cómo la mayor parte de la Guardia Nacional del Distrito, que formaba la quinta brigada, á las órdenes del general D. Pedro María Anaya, despues de haber permanecido en el Peñon hasta el dia 17, emprendió la marcha para el punto avanzado de Churubusco. Permanecieron luego allí los batallones de Independencia y Bravos; y los de Hidalgo y Victoria, no sin representar contra el funesto plan de aislar nuestras fuerzas, pasaron á San Antonio, cuya defensa se encomendó al general de division D. Nicolas Bravo, quedando la de Churubusco á cargo del de igual clase D. Manuel Rincon.

Cuando el ejército de Scott atacó en Padierna el 19 de Agosto á la division del Norte, el estallido del cañon que interrumpia el silencio magestuoso del valle de México, avisó á los defensores del convento que habia llegado el momento de combatir por la salvacion de la capital. Las tropas de Churubusco estuvieron todo aquel dia en la incertidumbre congojosa que les hacia temer un suceso desgraciado; y cuando el fuego cesó al caer la noche, inciertos aun del éxito de la batalla, esperaron ansiosos la luz del nuevo dia, en que iban á decidirse los destinos de la patria.

Eran las siete de la mañana del 20, cuando á un tiroteo lejano sobre las lomas de Padierna, bastante perceptible y empeñado, sucedió una ligera y silenciosa pausa, anuncio funesto del descalabro que en aquellos momentos sufría la division mas florida de nuestro ejército. Poco tardaron en empezar á correr las voces desconsoladoras que afirmaban la derrota, y que introducian el desaliento y la confusion en los soldados que las percibian. Sin embargo, las tropas de Churubusco se apresuraban á obedecer la orden que se les habia dado, para que los batallones de Independencia y Bravos, con una pieza de á cuatro, se preparasen á entrar en la línea de batalla, cuando la noticia confirmada del desastre de Padierna, y las nuevas órdenes que se recibieron, no dieron lugar á que se ejecutase la salida.

En efecto, el general Tornel, cuartel maestro del ejército, habia mandado comunicar desde ántes la derrota de Valencia, y que las

tropas enemigas avanzaban sobre la capital. Una compañía de Independencia, mandada por el primer ayudante del cuerpo D. Francisco Peñuñuri, recibió en consecuencia la orden de situarse en la torre de la iglesia de Coyoacan, y proteger desde allí la retirada.

Pronto empezaron á pasar por entre las fortificaciones de Churubusco, las tropas que verificaban su retirada por disposicion del general en jefe. Este se presentó poco despues: hizo alto para mandar que se aselerase aquella, y dirigió la palabra á los generales Rincon y Anaya, haciendo la mas severa crítica de la conducta del general Valencia, inculpándolo por su desobediencia, atribuyendo á su ambicion y sed de engrandecimiento el desastre que acababa de ocurrir, y manifestando que habia mandado fusilarlo, donde quiera que se le encontrase, en castigo de sus faltas. Estas increpaciones que hemos espresado en un lenguaje decente, por guardar á nuestros lectores el respeto que les es debido, se hicieron en un dialecto que no puede repetirse.

Corroboró tambien Santa-Anna la noticia de que el enemigo venia sobre su retaguardia, y despues de recomendar que se hiciera en Churubusco una defensa vigorosa, se retiró. Las tropas continuaron tambien su marcha: los defensores de Churubusco, destinados al sacrificio por la salvacion de los demas, vieron pasar á mas de cinco mil soldados, llamados la flor del ejército, á quienes se hacia retirar sin combatir; y abandonados á sus propios esfuerzos, unos seiscientos cincuenta paisanos, mal armados, sin la instruccion necesaria, ni la energía y serenidad que se adquieren despues de hallarse en varios combates, iban á arrostrar el empuje de todas las fuerzas de los Estados Unidos, victoriosas é irresistibles, y precedidas del terror que preparó todos sus triunfos, y que un conjunto de circunstancias pareció empeñado en inspirar á los de Churubusco mas que á nadie.

A las once y media de la mañana, el general Anaya, acompañado de sus ayudantes, se adelantó por el camino de Coyoacan, para cerciorarse de la proximidad de los enemigos, y recibió aviso por algunos indígenas que abandonaban sus chozas, corriendo despavoridos, de que las columnas de los americanos avanzaban efectivamente sobre el convento. Confirmóse de una manera indudable esta noticia por los restos de la fuerza de Independencia que se habia mandado

á Coyoacan con Peñúñuri, y que despues de sufrir alguna pérdida, se habian replegado batiéndose en retirada, y atravesando, para salvarse, por entre el cieno y las milpas. Sabedor de lo que pasaba, y habiendo avistado á corta distancia la vanguardia enemiga, el general Anaya volvió á Churubusco, donde ya todo estaba listo para la defensa; pero ántes de referirla, harémos una ligera descripcion del terreno en que se verificó.

Es Churubusco una pequeña aldea, distante dos leguas de México, situada en la confluencia de los caminos de Tlalpam y Coyoacan, formando, por decirlo así, el vértice del ángulo que representan ámbas calzadas. El pueblo de Churubusco se forma de un grupo de humildes chozas de adove, levantadas en un suelo fértil y pantanoso, donde la vegetacion se desarrolla exuberante. Sus sembrados producen la caña corpulenta del maiz, y las milpas se prolongan hasta la misma iglesia y convento de Churubusco.

Este edificio, por su solidez y fortaleza, y por su situacion, habia sido escogido para resistir, ó por mejor decir, para contener por algun tiempo á las fuerzas enemigas. Ni podia exigirse otra cosa, si se atiende al poco auxilio que prestaba la fortificacion pasagera que se habia levantado, y que consistia en un parapeto construido con adoves, de cerca de ocho piés y medio de espesor, á la distancia de veinte pasos de la puerta del convento, y defendido con anchos fosos, llenos en la mayor parte de su profundidad, de agua llovediza, y de la que mana del mismo terreno. La premura del tiempo y la precipitacion con que se habia trabajado en las fortificaciones, no habia permitido que el parapeto, levantado en el frente y costado izquierdo, se extendiera al flanco derecho de la posicion, ni á la azotea del convento, ni aun que donde existia estuviera acabado.

Al amanecer el dia 20, no habia en Churubusco un solo artillero, ni mas piezas que una de á cuatro, que poco ó nada hubiera servido para contener al enemigo; pero afortunadamente al retirarse el general Santa-Anna, dió orden de que quedaran allí cinco de las piezas que llevaban sus tropas; con lo que ya se pudo hacer una resistencia mas detenida.

Dispuesto, pues, todo para el ataque, los defensores de Churubusco esperaban sobre las armas que se acercaran los enemigos. Estos

entre tanto avanzaban sobre el convento, del que creian apoderarse á muy poca costa, pues la facilidad con que habian llegado hasta allí, les hacia presumir que nuestro ejército entero se replegaria sin combatir, hasta la capital. Debiólos confirmar en esta creencia, la circunstancia de que no se rompía sobre ellos el fuego, á pesar de hallarse ya á tiro de fusil de las fortificaciones, lo cual provenia de la órden espresa de los generales Rincon y Anaya, quienes para no gastar pólvora en balde, habian dispuesto que no se disparara sobre los enemigos hasta que estuvieran á una distancia muy corta. Hízose así en efecto; y el estrago terrible que las descargas produjeron en las filas de los norte-americanos, los obligó á detenerse por un momento, intimidados y sorprendidos. Poco tardaron, sin embargo, en continuar su avance, dirigiéndose sobre el frente del parapeto una fuerza, y otra mas considerable sobre el costado derecho. Trábase entónces un reñido combate, que el valor y los soldados de ámbas naciones prolonga por algun tiempo, hasta que la pérdida de consideracion de los enemigos los precisa á retroceder.

Hubo en aquella accion rasgos de valor, dignos de ser mencionados, entre los cuales merece particular elogio el del jóven D. Eligio Villamar, oficial del regimiento de Bravos, quien desde los primeros tiros se subió sobre el parapeto, y permanecié allí espuesto al fuego de los enemigos, alentando á sus soldados, y sin dejar un momento de victorear á la República y á los generales Rincon y Anaya. Su arrojo fué tanto mas notable, cuanto que dedicado ántes exclusivamente á sus tareas científicas y literarias, aquella era la primera vez que afrontaba la muerte en un campo de batalla.

Al principio del ataque se introdujo alguna confusion en las filas del batallon Bravos, ocasionada por las bajas que tuvo de soldados muertos ó heridos por el fuego que recibian de sus compañeros de Independencia. La mayor parte de este cuerpo cubria con su pecho el flanco derecho de la posicion, enteramente descubierto por la falta de parapeto, y los soldados restantes estaban situados en la azotea del convento y en unos andamios que se habian levantado dentro de un corral, para suplir las banquetas. Las punterías bajas de los tiradores dañaban naturalmente á varios de los que defendian el parapeto. Advertida por el general Rincon la causa del desórden, man-

dó bajar de la altura á los tiradores situados allí, y que se incorporaran al resto de su batallon.

Como acabamos de ver, la division americana del general Twiggs, que habia dado el primer ataque, acababa de ser rechazada. La llegada de las otras, que apresuradamente acudian en su auxilio, no solo le proporcionó medios de acometer de nuevo, sino que dió lugar á que el convento fuese atacado por varias partes, generalizándose en pocos minutos el combate. Los valientes de Churubusco no desmayan: multiplican sus esfuerzos para rechazar al enemigo, y su fuego certero aumenta considerablemente el número de los muertos y heridos. Sin embargo, la situacion de esos esforzados combatientes es ya bastante crítica: su retaguardia misma, el punto único por donde pueden salvarse en caso de un desastre, está ya atacada por la division del general Worth, que avanza sobre las tropas en retirada de San Antonio. Y no es esto lo peor, sino que las municiones empiezan á escasear, y se prevee el momento en que su falta absoluta impedirá toda resistencia eficaz.

El general Rincon habia previsto desde el principio este inconveniente; por lo que estuvo mandando á los dos ayudantes que permanecieron á su lado, y aun á los estraños que se presentaban, á pedir municiones al general Santa-Anna. Uno de aquellos, encargado de manifestarle que la posicion habia sido flanqueada, que simultáneamente la atacaban todas las fuerzas enemigas, y que escaseaban ya las nuestras y el parque, recibió por contestacion que á todo se habia provisto, y que se defendieran. Movido, no obstante, por lo que se le decia, mandó Santa-Anna de refuerzos unos piquetes de Tlapa y Lagos y la compañía de San Patricio. Despachó tambien un carro de parque, el cual resultó de diez y nueve adarmes para fusiles que no tenian este calibre: así es que la desesperacion de los soldados llegó á su colmo, cuando con la esperanza de mantener el combate, y aun de triunfar, se arrojaron á los cajones de parque, y despedazándolos con las manos, llevaban los cartuchos al cañon, que desgraciadamente era muy estrecho para contenerlos....

A los únicos que sirvió aquel parque, fué á los soldados de San Patricio, cuyos fusiles tenian el calibre correspondiente. Su comportamiento merece los mayores elogios, pues todo el tiempo que duró aun

el ataque, sostuvieron el fuego con un valor extraordinario. Gran parte de ellos sucumbió en el combate: los que sobrevivieron, mas desgraciados que sus compañeros, sufrieron luego una muerte cruel, ó tormentos horrorosos, impropios de un siglo civilizado, y de un pueblo que aspira al título de ilustrado y humano.

El cargo grave é incontestable, en nuestro concepto, que resulta al general Santa-Anna, de haber desdeñado la victoria que pudo alcanzar aquel dia, y abandonado á sus propios esfuerzos á los de Churubusco, se desnaturalizó con imputar á traicion, y pretender fundar ese nuevo capítulo de acusacion, en la especie demasiado trivial y absurda, de que algunos cartuchos que se encontraron sin bala, habian sido espresa y deliberadamente destinados á hacer ineficaz la defensa, protegiendo la causa y vidas de los enemigos, como si el general en jefe hubiera de descender á desempeñar los deberes de un guardaparque.... No por eso es ménos cierto que algunos cajones contenian parque de instruccion, y que varios soldados, para suplir la bala, buscaban piedras de un tamaño proporcionado.

Volvamos ahora á la relacion del ataque, de la que nos han desviado las anteriores consideraciones.

En los momentos mas empeñados de la lucha, y cuando su éxito parecia próximo á decidirse en favor de los enemigos, el general Anaya subió á la esplanada á caballo, mandó cargar una pieza á metralla, y apeándose luego, dirigió personalmente la punteria. Las chispas del lanza-fuego que sirvió para disparar la pieza, incendiaron el parque, abrasando á cuatro ó cinco artilleros, al capitan Oleary que la servia, y al mismo general Anaya. Todos ellos quedaron fuera de combate, ménos el general, quien á pesar de haber permanecido ciego por algun tiempo, no abandonó el campo de batalla. Durante toda la accion, se le vió siempre en el peligro, lo mismo que al sereno general Rincon, recorriendo el uno toda nuestra línea para alentar al soldado con su presencia, y fijo el otro en un lugar, para dictar sus disposiciones como jefe.

A la energía y buen comportamiento de estos dignos militares, correspondia la conducta decidida y gloriosa de sus subordinados. Los gefes, los oficiales, los soldados, competian en ardimiento, y no desmayaban un punto, aunque bien conocian lo crítico de su posicion.

Las acciones de denuedo se repetían cada vez que el arrojado del enemigo hacia el peligro inminente. El patriota y esforzado coronel D. Eleuterio Mendez, que había pedido para su hijo y para sí el puesto de mayor peligro, permanecía firme en ese puesto á que alcanzaban todos los tiros sin herirlo. El teniente D. José María Revilla abandona las filas de la infantería, en donde combatía sin peligro, y sirve á caballo de ayudante del general Rincon, á quien parte de los que desempeñaban á su lado esta comision, habían abandonado. El entusiasta oficial D. Juan Aguilar y Lopez se encuentra con una pieza que no podía servirse por falta de artilleros, y aunque sin instruccion alguna, esponiéndose á volar, si no toma las precauciones debidas, se dispone á utilizar el cañon en contra de los asaltadores; llama á dos cabos de su cuerpo para que lo auxilién, y entre los tres sostienen por algun tiempo el fuego, bastante costoso al enemigo. Por último, llega allí el oficial de artillería Alvarez, y se encarga de dirigir la pieza; pero no por eso se retira Aguilar, sino que en union de sus compañeros, continúa en aquel puesto, ayudando á dispararla.

Tres horas y media había durado ya la accion, sin que los repetidos esfuerzos de los americanos les hubieran dado un triunfo decisivo. El ánimo de nuestras tropas no decae: ántes al contrario, á cada momento se sienten los soldados mas deseosos de prolongar el combate. Por desgracia las municiones estaban ya casi completamente agotadas: los respectivos gefes de los cuerpos, cuyos nombres hemos consignado en otro artículo, urgían por parque al general Rincon.

El tiroteo comienza á apagarse por nuestra parte, á proporcion que el parque escasea mas y mas: acábase por fin, y de aquel convento, que arrojaba poco ántes fuego por todas partes, como un castillo, no sale entónces un solo tiro, como si ninguno de sus defensores hubiera quedado en pié. El enemigo se sorprende con aquel silencio repentino, que no sabe á que atribuir, y temeroso de que sea una estratagema de guerra, tarda algunos minutos en decidirse á avanzar sobre el parapeto, del que no recibe ya ninguna ofensa. Nuestros soldados, por su parte, llenos de desesperacion, descansaban ya en su mayor parte sobre sus armas descompuestas, y ardientes como el fuego vivo que habían despedido. Los generales Rincon y Anaya, ago-

biados tambien de tristeza, viendo que no les quedaba arbitrio para prolongar la resistencia, mandaron que la fuerza toda se replegara al interior del convento á esperar el fallo de su suerte; pero todavía en aquellos terribles momentos en que hasta la esperanza misma parecia perdida, hubo valientes que intentaron hacer el último esfuerzo de la desesperacion, y su denuedo añadió nuevas víctimas á la que ya nos había costado aquella memorable defensa.

El intrépido Peñuñuri se dispone á cargar á la bayoneta sobre el enemigo, á la cabeza de unos cuantos soldados de su cuerpo; pero apenas ha avanzado unos cuantos pasos, cuando una bala lo hiere de muerte. Ni aun entónces se doblega su corazon esforzado: incapaz ya de moverse, retirado por sus amigos al interior del convento, continúa aun alentando á sus soldados, y muere, por fin, con la dignidad y la grandeza de los héroes.

Tambien el patriota capitán de cazadores, D. Luis Martinez de Castro, recibía otra herida mortal al emprender abrirse paso por entre los enemigos, para incorporarse á su regimiento, del que había sido cortado. Martinez de Castro cayó prisionero, y sobrevivió pocos dias al del ataque, á pesar de la eficacia y esmero con que se procuró su salvacion. Sucumbió, dejando en el corazon de sus amigos un vacío inmenso con su muerte, que lloran la patria, la virtud y la literatura.

Replegadas ya en el convento las fuerzas, que obedecieron las órdenes de los generales, esperaron resignadas la llegada de los enemigos, que por último se habían resuelto á avanzar. El primero que se presentó sobre el parapeto, fué el valiente capitán americano Smith, del 3.º de línea, quien dió aquel ejemplo de valor á cuantos le seguían. Y no ménos magnánimo y generoso que audaz, apenas se cercioró de que ya por nuestra parte no se hacía resistencia, enarboló bandera blanca, é impidió que la turba salvaje que lo acompañaba, cebara su furor en los vencidos.

El patriotismo y la sociedad se horrorizan, al contar entre los vencedores que hacían su entrada triunfal en Churubusco, una cuadrilla de bandidos, que con el nombre de *contra-guerrilleros*, capitaneaba el famoso Dominguez, y que como auxiliares del ejército americano hacían la guerra á su patria, con mas encarnizamiento que los mismos

enemigos. El general Anaya, ya prisionero, impelido de un sentimiento de execracion y horror, apostrofó al insolente cabecilla, llamándole traidor, con riesgo de su propia vida.

Un clamoreo general habia anunciado la llegada de Twiggs, quien saludando cortes y marcialmente á los generales y oficialidad mexicana, arengó á los suyos, encomiando su valor y recomendando á los prisioneros. Estos, en aquella esforzada defensa, habian acertado veintidos tiros al pabellon americano, que llevaba Twiggs en las manos despedazado. Un momento despues flameaba en el convento de Churubusco, y presidia á la escena de muerte, desolacion y llanto, que aquella religiosa mansion, tan sosegada y tranquila en otro tiempo, presentaba el 20 de Agosto de 1847.



CAPITULO XX.

ARMISTICIO.

Negociaciones de paz.—Nuevo rompimiento de hostilidades.

(De 21 de Agosto á 8 de Septiembre de 1847.)

.....Votre cabinet veut profiter de mes embarras.....
Bien, voyons; traitons. J'y consens. Que voulez vous?
Vostre gabinet quiere aprovecharse de mi conflicto...
Pues bien, veamos, tratemos; consiento en ello. Qué es lo que queréis?
NAPOLÉON BONAPARTE.—Conferencia con el príncipe de Metternich despues del armisticio de Newark.

Ya se ha hablado de la política siniestra de los Estados- Unidos de Norte-América, y del origen de la guerra que ha ensangrentado el suelo de nuestra patria: como se ha visto, la diplomacia abandonó la cuestion á las armas cuando el ejército de aquella República dió una muestra de hostilidad, avanzando sobre nuestro territorio y apoderándose del Fronton de Santa Isabel.—Desde ese dia no se oyó mas que el grito terrible de "guerra;" y como un Sol succede á otro Sol, así se sucedieron las escenas de sangre y esterminio, hasta que los caballos del Norte llegaron á pisotear las risueñas y fértiles campiñas del hermoso valle de México, y los degenerados descendientes de Guillermo Pen vinieron á insultar los sepulcros de nuestros padres..... Entónces hubo un momento de tregua, momento solemne del cual nos vamos á ocupar.